

¿QUÉ ES EL ENSAYO?

Jesús Antonio Álvarez Flórez¹

¹ Magíster en Literatura de la Universidad de los Andes. Profesor de Literatura clásica y Literatura universal de la Universidad Industrial de Santander. Autor de El libro de las ausencias, Vieja calle de mi barrio y La cancha de arena.

WHAT IS THE ESSAY?

Pero un ensayo, por su propio nombre y su propia naturaleza, es verdaderamente un intento y un experimento. En realidad, uno no escribe un ensayo. Lo que hace es ensayar un ensayo. Y el resultado es que, aunque haya muchos ensayos famosos, afortunadamente no hay ningún ensayo modélico. El ensayo perfecto no se ha escrito nunca, por la sencilla razón de que el ensayo nunca se escribe.

(Chesterton, 2010, p. 23)

Resumen

Este texto cuestiona la concepción del ensayo como género exclusivamente académico. Partimos de la idea de que en él son evidentes la expresión de la subjetividad y la apelación a recursos poéticos, como se puede corroborar con la lectura de los ensayos de Michel de Montaigne. Por ello, no pode-

AUTORES

Jesús Antonio Álvarez Flórez

Correo: jesusalvarezflorez@gmail.com

Universidad Industrial de Santander, Colombia

mos concebir el género como la forma idónea de hacer ciencia, pues su creador, más que un método en pos de la verdad, sugirió una manera particular e individual de ver el mundo. En su idea del ensayo no hay cabida para la afirmación tajante, pero sí para la expresión de dudas.

Palabras clave: ensayo, género literario, Michel de Montaigne, subjetividad.

Abstract

This text questions the concept of the essay as a purely academic gender. We start from the idea that it is an evident expression of subjectivity and the appeal to poetic resources, which can be corroborated by reading Michel de Montaigne's essays. Therefore, we cannot conceive this genre as the ideal way of conducting science because its creator, rather than a method for truth, suggested a particular and individual way of viewing the world. In his idea of the essay there is no place for the categorical statement, but for the expression of doubts.

Keywords: essay, literary genre, Michel de Montaigne, subjectivity.

Recibido: 14 de marzo 2019
Aprobado: 7 de noviembre 2019

La definición de Chesterton del ensayo, que sirve como epígrafe de esta reflexión, puede resultar tautológica. No obstante, dentro de las características formales del género, el inglés sabe que este no es más que una tentativa y que su mérito reside en la aventura intelectual de quien decide salir en busca de la *verdad*. Subrayo este último término porque el ensayista no aspira al dogma. La suya no es una imposición ideológica, sino una invitación al diálogo. Tal como lo concibió Montaigne, el ensayo posee un tono conversacional en el que se dan cita la erudición, el humor, las anécdotas, las paradojas y las contradicciones. El ensayo, en este orden de ideas, más que dar en el blanco, centra su interés en no abandonar nunca el esfuerzo por llegar a una respuesta plausible.

En *El ensayo. Entre la aventura y el orden* Vélez señala que, una vez Montaigne afirma que él es el tema de sus escritos, “inaugura un modo personal de ver el mundo. Ya no se busca, como ocurría hasta entonces, anteponer la religión, el poder político o la ciencia a los simples hechos. Ahora se trata de mirar con los propios ojos la realidad circundante” (Vélez, 2000 pp. 12-13). En este orden de ideas, se desvirtúa la pretensión académica de hacer ciencia que se le atribuye a rajatabla al ensayo, y se reivindica al género como expresión de la subjetividad. Por ello resulta tan original dentro de la literatura, pues sus respuestas están basadas más en la experiencia que en la afirmación.

Esta característica es evidente al recordar aquel ensayo en el cual el francés reflexiona sobre la actitud humana de buscar, cada vez que nos resulta posible, un culpable de nuestras desdichas. Nos referimos a *cómo el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando le faltan los verdaderos*. En las primeras líneas del texto, Montaigne refiere que un enfermo de gota insiste en el consumo de carnes saladas,

pues, una vez siente los embates de su enfermedad, arremete contra las salchichas y el jamón, lo cual le genera enorme satisfacción y lo libra momentáneamente de sus tormentos físicos. La anécdota le permite concluir que “el alma, en sus pasiones, prefiere engañarse a sí misma, formándose un objeto falso y fantástico, incluso en contra de su propia creencia, a dejar de actuar contra alguna cosa” (Montaigne, 2016 p. 30). Pero las anécdotas no paran una vez hemos llegado a esta conclusión. El francés compara al ser humano con aquellos animales que atacan a dentelladas el hierro que los ha herido, no porque crean que así calmarán sus dolores, sino por el hecho de encontrar un elemento en el cual descargar su ira. Ciro hizo lo mismo al enviar sus tropas a un río por el miedo que este le había causado al cruzarlo. Calígula no se quedó atrás, echó por tierra una casa para que no quedara huella del placer que su madre había encontrado allí. Todas estas menciones ejemplifican una conducta inherente al ser humano. Montaigne no busca el axioma, le basta con que el lector sienta su mismo asombro y se identifique con los personajes que nombra. Más que una respuesta, busca que recordemos una y otra vez la misma pregunta: “¿A qué no echamos la culpa, con razón o sin ella, para tener algo contra lo cual luchar?” (Ibid. p. 31).

De allí que reducir el ensayo a su faceta académica es, cuanto menos, una visión parcial y un error conceptual. Lina Marcela Trigos, autora de un apasionante estudio titulado *¿Ensayamos?*, aclara que este género, al igual que los demás, tiene subgéneros perfectamente definidos por unas cualidades específicas (Trigos, 2012, pp., 41-43). Existe el ensayo académico, pero también el científico, el de divulgación, el de opinión y el literario. Cada uno posee particularidades que facilitan la clasificación. Por ello, reducir el género solo a una de sus múltiples formas, equivale, guardadas las proporciones, a definir al cuento por su vertiente fantástica o policíaca. De

hacerlo dejaríamos por fuera los cuentos de terror y los relatos humorísticos, entre tantos otros, así como dejaríamos por fuera de nuestra clasificación del ensayo a Jonathan Swift, Francis Bacon, Oscar Wilde, Jorge Luis Borges, G. K. Chesterton e, incluso, al mismo Montaigne, si insistimos en la idea de que el ensayo no es más que una mera producción de orden científico.

¿Qué es, pues, el ensayo? Trigos lo define a partir de tres aspectos fundamentales: forma, contenido y naturaleza. En cuanto al primero, si bien se concibe al ensayo como un texto breve, la autora propone pensarlo como una producción que privilegia un punto de vista, que no pretende ser exhaustivo ni, mucho menos, amplio en todos sus vértices. Ningún ensayo estará terminado mientras el autor tenga algo más por decir sobre el tema (Ibid. p. 29).

El ensayo no posee ese tono impersonal que tanto recalcan los docentes a la hora de hablar del género. Por el contrario, su marca indeleble es la del carácter del escritor que se superpone al texto y lo permea de principio a fin. “Una modesta proposición”, ensayo de Jonathan Swift, perdería toda su fuerza y su exquisito humor negro si lo tamizáramos por el uso de la tercera persona. Otro tanto podríamos decir de “La mala poesía”, de Chesterton, una aguda crítica sobre la importancia de saber reconocer los malos poemas de los grandes escritores. Si el inglés se hubiese visto obligado a reprimir su humor espontáneo, más que un ensayo, habríamos leído una reseña, una disertación, inteligente pero carente de chispa y vivacidad. El ensayo, ya lo dijimos, revela no solo un tema, sino, sobre todo, un punto de vista. Todos los ensayistas son fieles a Montaigne en la medida que son originales y honestos consigo mismos. Así como el francés aclaró que él era el tema de sus ensayos, todos sus herederos deberían recordarnos que, más que ideas, estamos leyendo su visión par-

ticular de mundo, en la que abundan las subjetividades y los recursos poéticos;’ en la que la estructura, más que una rígida escaleta, es una materia elástica que se adecúa a los intereses de quien ensaya. Las formas severas son necesarias para quienes necesitan ordenar su pensamiento, pero no para quienes desean cuestionar el mundo por medio de la ciencia y la poesía.

En cuanto al contenido, Trigos aclara que no ser exhaustivo no implica necesariamente ser poco profundo (Ibid. p. 30). Hay un problema que el ensayista lleva al papel. Una vez allí, se vale de todas las estrategias argumentativas para sustentar una idea. En este tratamiento racional, no obstante, el ensayista no limita su estilo. Lo suyo es la reflexión, pero también el goce estético. No la idea *per se*, sino también su forma. No se trata de cavilar sobre la fugacidad del tiempo: se trata, más bien, de comparar la vitalidad del hombre con la de un roble que, tarde o temprano, verá sus ramas secas convertidas en leña, como señala Swift en “Meditación sobre un palo de escoba”. El hombre es una savia muerta, un listón manoseado por las criadas. Su cabeza está coronada por una paja estéril que, tarde o temprano, arderá en el fuego y calentará a los vivos. Swift no solo nos recuerda algo que ya sabemos: apela, además, al tono quevediano y a la reflexión senequista para darle más gravedad al argumento. Ello demuestra que en el ensayo perviven tanto la argumentación discursiva como la lógica. Más allá de convencer, el ensayo busca una nueva manera de decir las cosas. De allí que Swift no se conforme con el motivo del *tempus fugit*, sino que apele, ante todo, a un tono poético para que la sentencia permanezca fija en nuestra mente.

En cuanto a su naturaleza, Trigos insiste en que el género se mueve en dos aguas: es producción de pensamiento, pero también es arte. Esta última es

la que permite que, una vez concluimos la lectura de un ensayo, no seamos las mismas personas. Algo ha cambiado en nosotros, nuestra concepción de la realidad es más amplia, más sensible (Trigos, 2012, pp., 30-31). Ello ocurre porque el ensayo no es solo una experiencia intelectual, sino también estética. De allí que Vélez afirme que los grandes escritores “consolidaron el ensayo como una actividad relacionada con la inteligencia y con el saber, pero también, y muy especialmente, con el arte de escribir” (2000 p. 21). Un ensayista es un hombre culto y a la vez inspirado, no solo posee la gracia del conocimiento, sino el don de la palabra. Hay genios perfectamente aburridos y poetas poco o nada ilustrados, pero no ensayistas que no posean estas dos virtudes.

Pedro Aullón del Haro enfatiza en esta concepción al señalar que el ensayo

[...] es un tipo de texto no predominantemente artístico ni de ficción ni tampoco científico ni teórico sino que se encuentra en el espacio intermedio entre uno y otro extremo, estando destinado comúnmente a la crítica o a la presentación de ideas (2015 p. 22).

Esta particularidad, que lo convierte en el centauro de los géneros, como lo definió Alfonso Reyes, hace que en el ensayo no conciba al saber como algo cerrado y hermético, sino como un proceso en el que resulta impensable dar veredictos definitivos. El ensayo participa de una construcción científica y poética en la que, más que certezas, se subsanan errores y se proponen nuevos puntos de análisis.

Como señalamos al inicio de este trabajo, una forma de escritura que nació libre, y que, como dijo Fernando Cruz Kronfly: “implica la capacidad y vocación del ‘autor’ de dialogar consigo mismo” (2011 p. 3), difícilmente puede ceñirse a una función tan restringida como la académica. No obstante, reducirlo a su más

pura forma literaria es también un despropósito que deja por fuera a un importante número de ensayos que, pertenecientes a disciplinas no literarias, han contribuido a darle robustez al género.

Es aquí donde conviene señalar su potencia: el ensayo, por su naturaleza y sus fines, se ajusta a los propósitos de un autor que bien puede escribir *La conquista de la felicidad*, de Russell, o una disertación como “Queso”, de Chesterton. Su naturaleza flexible le es útil a Voltaire, pero también a Vargas Llosa. Sus características formales permiten la reflexión de Octavio Paz, y también la de Javier Marías. Poco importa que el primero ahonde en temas como la poesía o el erotismo, y que el segundo lo haga en torno a las erradas concepciones del feminismo. En todos ellos pervive la argumentación, la visión particular de mundo y el tono con el que se asume dicha mirada. El lector visitará una y otra vez a Chesterton porque espera la risa y la paradoja, pero también la iluminación. Lo mismo sucede con quienes leen a Bacon, Séneca, Eco, Borges, Henríquez Ureña y Alfonso Reyes: no solo se trata de aprehender unas ideas, sino, sobre todo, la forma en que fueron expuestas y la manera en que se llegó a dichas conclusiones. El ensayo no es solo la conclusión, el aforismo. Es, ante todo, el camino que se transitó para llegar a esa máxima. El ensayo es ese viajero de Kavafis que, más que Ítaca, se extasía con el viaje. El ensayo es reconocerse a sí mismo a través de lo que pensamos sobre un tema, tal como lo concibió Montaigne.

En palabras de Efrén Giraldo el autor francés “inventó una forma de escritura que después de él parece haber existido siempre” (2017 p. 11). No obstante, el autor de *Los ensayos* les agregó una serie de particularidades que los diferenciaron de los demás géneros. Su materia no es la ficción, aun cuando sus textos estén plagados de anécdotas y referencias familiares. Montaigne puede confiarnos que sufre de

cálculos en los riñones, pero esta mención supera el cotilleo y trasciende cuando se pregunta qué hay en la simiente masculina para que el bisnieto se parezca al bisabuelo y el sobrino al tío: ¿por qué heredamos ciertos rasgos de carácter, de temperamento e, incluso, ciertas enfermedades? A Montaigne no le interesan sus cálculos *per se*, sino el hecho de que solo a él, y no a sus hermanos, le haya tocado en suerte la enfermedad de su padre. ¿Qué se dio para que las cosas fuesen de esta manera? ¿Cuánto tiempo estuvieron dormidas esas piedrecitas en el cuerpo de su padre y cómo llegaron hasta él? Un ensayo científico daría una respuesta médica. Montaigne solo se limita expresar su estupor.

No solo son esas piedrecitas las que lo mueven a escribir: también lo es ese diente que se le cae y menciona en "La experiencia". Él sabe que la muerte no vendrá de golpe, sino a plazos. Hoy se cae un diente, mañana será otro, y de a poco iremos dejando este mundo. Montaigne reflexiona sobre la muerte como lo haría cualquier mortal al comprobar que la piel ya no posee la misma lozanía ni elasticidad: parte del hecho individual para llegar a lo universal. Giraldo afirma que la suya es una forma que, aunque novedosa, da la impresión de ser natural. Y esa es, tal vez, la peculiaridad del ensayo: llevar las preguntas del ser humano al terreno de la ciencia y el arte, no para dar una respuesta totalizante, sino para hallar un camino que dé luces sobre nuestra condición. Evidentemente, habrá ensayos que, por su naturaleza, tendrán un tono académico y unos propósitos científicos. Pero estos serán solo una de las tantas formas que puede tomar un género que, en sus inicios, fue concebido como una manera de retratarse, de conocerse en profundidad. Por todo ello, pensar al género desde sus propósitos académicos, ya lo dijimos, es limitar su potencia. Es evidente que la escuela ha privilegiado una forma que permite el desarrollo de las ideas y la producción de pensamiento

autónomo, pero es justo que veamos el legado de Montaigne en toda su amplitud. No es errado, pero sí arbitrario, restringir su vigor al deber académico. Es tanto como definir al cuento por sus fines didácticos, como proponen ciertos docentes al señalar la ausencia de una moraleja como defecto de un texto que pretende ser literario.

REFERENCIAS

Aullón del Haro, P. (2015). El ensayo: concepto histórico, género y discurso. En *Esencia y forma del ensayo* (p. 22). Madrid, España: Ediciones Sequitur.

Chesterton, G. K. (2010). *Correr tras el propio sombrero (y otros ensayos)*. Barcelona, España: Acanalado.

Cruz Kronfly, F. (2011). *Del contexto social y cultural que hizo posible el ensayo como género*. Bucaramanga, Colombia: Ediciones UIS.

Giraldo, E. (2017). *Cartas a una joven ensayista*. Medellín, Colombia: Fondo editorial Universidad Eafit.

Montaigne, M. (2016). *Los ensayos*. Barcelona, España: Acanalado.

Trigos Carrillo, L. M. (2012). *¿Ensayamos? Manual de redacción de ensayos*. Bogotá, Colombia: Editorial Universidad del Rosario.

Vélez, J. A. (2000). *El ensayo. Entre la aventura y el orden*. Bogotá: Taurus.